



TERRORISMO

ANÁLISIS DIFERENCIAL DE LOS ATENTADOS TERRORISTAS

MOTIVACIÓN IDEOLÓGICA, RELIGIOSA
O IDENTITARIA

Francisco Javier Moreno Oliver

Doctor en Psicología. ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0002-9306-2125>



INTRODUCCIÓN

El terrorismo constituye una forma específica de violencia política orientada no solo a producir daño físico inmediato, sino a generar efectos psicológicos y simbólicos sobre audiencias más amplias que las víctimas directas. Su finalidad central es influir en percepciones, decisiones y comportamientos mediante la intimidación, el miedo y la coerción simbólica (Crenshaw, 1981; Hoffman, 2006). En este sentido, el terrorismo se diferencia de otras manifestaciones de violencia política porque el acto violento funciona primordialmente como un mensaje estratégico, dirigido tanto al Estado como a la sociedad en general. La definición del terrorismo ha sido objeto de amplio debate académico y político. Las divergencias se relacionan con factores normativos, jurídicos y contextuales, así como con el uso instrumental del término en el discurso internacional. No obstante, estudios comparativos han identificado elementos comunes que permiten establecer un núcleo conceptual relativamente consensuado. Entre ellos destacan la premeditación del acto, la motivación política o ideológica, el carácter comunicativo de la violencia y la selección deliberada de civiles o no combatientes como blancos direc-



-tos o indirectos (Schmid, 2011). Desde esta perspectiva, el terrorismo puede entenderse como una estrategia de violencia asimétrica empleada por actores no estatales —y en algunos casos estatales— que buscan compensar su inferioridad material frente a estructuras de poder más consolidadas.

Asimismo, el terrorismo debe analizarse dentro del marco más amplio de los conflictos contemporáneos, caracterizados por la fragmentación de actores, la hibridación de métodos y la creciente mediatización de la violencia. En un entorno globalizado, los atentados terroristas adquieren una dimensión transnacional, tanto por la circulación de ideologías como por la capacidad de amplificación mediática que multiplican el impacto psicológico del acto violento (Hoffman, 2006). La espectacularidad del atentado y su cobertura mediática forman parte integral de la lógica estratégica de los grupos terroristas, que buscan maximizar visibilidad y polarización social.

Dentro de este marco general, los atentados terroristas pueden clasificarse según su motivación predominante. Aunque en la práctica suelen existir superposiciones, es posible distinguir tres grandes categorías analíticas: terrorismo ideológico-político, terrorismo religioso y terrorismo identitario.

El análisis diferencial de estas modalidades requiere examinar sus fundamentos doctrinales, patrones organizativos, procesos de reclutamiento y radicalización, selección de objetivos y dinámicas estratégicas. Cada tipología presenta variaciones en la estructura de liderazgo, en la relación con las comunidades de referencia y en la concepción del enemigo. Asimismo, las motivaciones influyen en la elección de tácticas —desde atentados indiscriminados hasta ataques selectivos— y en la construcción narrativa que legitima la violencia ante simpatizantes y potenciales reclutas.

Comprender estas diferencias resulta fundamental tanto para el análisis académico como para el diseño de políticas públicas de prevención y contrarresto. Una aproximación tipológica no implica simplificación excesiva, sino una herramienta heurística que permite identificar patrones comparativos, evaluar riesgos emergentes y desarrollar estrategias diferenciadas de intervención. En consecuencia, el estudio del terrorismo exige un enfoque multidimensional que integre variables políticas, sociológicas, psicológicas y comunicacionales, evitando reduccionismos explicativos y reconociendo la complejidad dinámica del fenómeno.

EL TERRORISMO DE MOTIVACIÓN IDEOLÓGICA-POLÍTICA

El terrorismo de motivación ideológica-política se fundamenta en doctrinas seculares que persiguen la transformación radical —o la defensa excluyente— del sistema político, económico o territorial existente. A diferencia de las formas de terrorismo religioso, su legitimidad no deriva de un mandato trascendente, sino de marcos ideológicos estructurados que interpretan el orden vigente como ilegítimo, opresivo o incompatible con determinados principios revolucionarios, nacionalistas o contrarrevolucionarios. David Rapoport (2004) sitúa este tipo de violencia dentro de distintas “olas” históricas del terrorismo moderno, particularmente la ola anarquista y



la nueva izquierda, así como los movimientos nacionalistas-separatistas que emergieron en el contexto de procesos de descolonización o conflictos territoriales. En este marco, pueden distinguirse variantes asociadas a la extrema izquierda revolucionaria —orientadas a la lucha contra el capitalismo o el imperialismo—, a la extrema derecha ultranacionalista —centradas en la defensa autoritaria del orden político— y a movimientos separatistas que buscan la independencia o autonomía territorial (Rapoport, 2004).

Entre los ejemplos históricos de terrorismo ideológico-político de extrema izquierda puede mencionarse a las Brigate Rosse en Italia, que durante la década de 1970 desarrollaron una estrategia de lucha armada orientada a desestabilizar el Estado y precipitar una transformación revolucionaria. Del mismo modo, Sendero Luminoso en Perú articuló una insurgencia de inspiración maoísta que justificaba la violencia como medio para destruir el orden estatal e instaurar un régimen comunista basado en su interpretación del marxismo-leninismo. En ambos casos, la acción terrorista se concebía como instrumento estratégico para erosionar la legitimidad gubernamental y movilizar a sectores sociales considerados potencialmente revolucionarios.

En el ámbito nacionalista-separatista, el Irish Republican Army desarrolló una campaña prolongada orientada a poner fin al control británico en Irlanda del Norte y avanzar hacia la reunificación irlandesa. Su violencia se insertaba en una lógica político-territorial concreta, con demandas explícitas y negociables. En el contexto de Oriente Medio, la Organización para la Liberación de Palestina incluyó en determinadas etapas el recurso a tácticas terroristas como mecanismo de internacionalización del conflicto y presión política, combinando acción armada con actividad diplomática.

Por otra parte, en la extrema derecha ideológica pueden identificarse grupos como Ordine Nuovo, implicado en estrategias de “tensión” destinadas a generar inestabilidad política con el fin de favorecer un giro autoritario del Estado. En estos casos, la violencia no buscaba una revolución socialista, sino la defensa o restauración de un orden político excluyente frente a lo que se percibía como amenaza ideológica.

Como señala Martha Crenshaw (1981), el terrorismo político tiende a exhibir una racionalidad instrumental clara, en la que la violencia se calcula en función de sus efectos estratégicos esperados, incluyendo la obtención de concesiones políticas concretas o la visibilización de una causa. A diferencia de la sacralización propia de ciertas formas de terrorismo religioso, aquí la violencia se integra en un análisis costo-beneficio orientado a maximizar impacto político. Según Bruce Hoffman (2006), esta lógica comunicativa explica la selección frecuente de objetivos con alto valor simbólico —representantes gubernamentales, fuerzas de seguridad, infraestructuras estratégicas o figuras públicas— cuya afectación transmite un mensaje directo al Estado y a la opinión pública.

Desde el punto de vista organizativo, estos grupos suelen adoptar estructuras jerárquicas o celulares relativamente cohesionadas, con disciplina interna y planificación operativa detallada. La profesionalización clandestina, el entrenamiento específico y la compartimentación de funciones constituyen rasgos característicos, especialmente en organizaciones con aspiraciones prolongadas de lucha armada. Los procesos



de radicalización, agresiones al islam, justificando atentados de alto impacto simbólico como parte de una yihad concebida en términos trascendentes (Hoffman, 2006). De forma similar, el autodenominado Estado Islámico proclamó la restauración de un califato regido por una interpretación estricta de la ley islámica, integrando la violencia extrema y los atentados suicidas en una narrativa escatológica de purificación y expansión religiosa (Juergensmeyer, 2017). En otro contexto religioso, la secta japonesa Aum Shinrikyo llevó a cabo el ataque con gas sarín en el metro de Tokio en 1995, motivada por una cosmovisión apocalíptica que concebía la violencia como catalizador de una transformación espiritual y cósmica. Asimismo, grupos como Boko Haram han combinado reivindicaciones locales con una interpretación radical de la religión que rechaza la educación y las instituciones seculares, empleando la violencia contra civiles como mecanismo de imposición moral y control territorial.

En cuanto a sus objetivos, el terrorismo de motivación religiosa suele orientarse a la defensa o expansión de una comunidad de creyentes concebida como amenazada, así como al establecimiento de un orden normativo basado en principios teocráticos o en una visión particular de la moral religiosa. En algunos casos, la meta consiste en la instauración de un Estado confesional regido por la ley religiosa; en otros, se busca la “purificación” de la sociedad frente a influencias consideradas corruptoras o heréticas. La selección de objetivos refleja esta cosmovisión: lugares de culto de otras religiones, símbolos culturales asociados a valores seculares, instituciones estatales percibidas como impías o incluso espacios civiles de alta visibilidad pueden convertirse en blancos estratégicos debido a su valor simbólico religioso o civilizacional (Hoffman, 2006).

Estudios comparativos han observado que los grupos terroristas de motivación religiosa tienden, en promedio, a perpetrar atentados más indiscriminados y con mayor número de víctimas que aquellos motivados exclusivamente por ideologías seculares (Rapoport, 2004). Una explicación recurrente radica en que, al concebir el conflicto como una confrontación total y trascendente, estos actores pueden considerar legítimo el sacrificio masivo de vidas como parte de una lucha escatológica. La lógica instrumental no desaparece, pero se integra en un marco simbólico donde la magnitud del daño puede interpretarse como expresión de compromiso religioso o como medio para provocar una polarización social que refuerce la narrativa de guerra sagrada.

Desde el punto de vista organizativo, el terrorismo religioso contemporáneo presenta con frecuencia estructuras descentralizadas o configuraciones en red que facilitan su expansión transnacional. La globalización de las comunicaciones ha permitido la difusión de discursos doctrinales radicales más allá de fronteras nacionales, generando comunidades imaginadas de creyentes que comparten una identidad religiosa militante. Este carácter transnacional favorece tanto la cooperación entre células como la aparición de actores autónomos inspirados por una misma narrativa ideológica, incluso sin vínculos operativos directos con una organización central (Hoffman, 2006).

Los procesos de radicalización en este ámbito suelen estar mediados por propaganda doctrinal intensiva, marcos de victimización colectiva y narrativas de agravio religioso que enfatizan la persecución o humillación de la comunidad de creyentes. La internalización de estas narrativas puede acelerarse mediante entornos cerrados de



socialización, discursos carismáticos o contenidos digitales que refuerzan interpretaciones exclusivistas de la fe. La combinación de identidad religiosa, sentimiento de injusticia y promesa de recompensa trascendente contribuye a consolidar un compromiso militante particularmente resiliente. En efecto, la base trascendente de su legitimidad otorga a estos movimientos una alta resistencia ideológica frente a derrotas militares o pérdidas organizativas, dado que la causa se percibe como inscrita en un plan divino más amplio y no meramente en una coyuntura política contingente (Juergensmeyer, 2017).

TERRORISMO DE MOTIVACIÓN IDENTITARIA

El terrorismo de motivación identitaria se articula en torno a la defensa, preservación o supremacía de una identidad étnica, cultural o racial percibida como amenazada por procesos de cambio social, migración, pluralismo cultural o transformaciones demográficas. A diferencia del terrorismo ideológico-político clásico, que suele orientarse a la transformación estructural del Estado o del sistema económico, el terrorismo identitario centra su legitimidad en la protección de una comunidad imaginada cuya continuidad histórica y cultural se considera en riesgo. En este sentido, su fundamento doctrinal puede adoptar formas de etnonacionalismo excluyente, supremacismo racial o nativismo radical, construyendo narrativas que presentan la violencia como una respuesta defensiva frente a una supuesta invasión o sustitución cultural (Bjorgo, 1995a).

Históricamente, algunos movimientos nacionalistas con componentes identitarios han recurrido a la violencia para reivindicar la autodeterminación o la supremacía cultural. Un ejemplo paradigmático es Euskadi Ta Askatasuna, que articuló su lucha armada en torno a la defensa de la identidad nacional vasca frente al Estado español. De forma similar, el Irish Republican Army combinó reivindicaciones territoriales con una fuerte dimensión identitaria vinculada a la comunidad católica irlandesa en Irlanda del Norte. Aunque estos casos presentan también componentes políticos claros, ilustran cómo la identidad colectiva puede convertirse en núcleo legitimador de la violencia.

En el ámbito del supremacismo racial, organizaciones como el Ku Klux Klan promovieron históricamente la violencia contra la población afroamericana y otros grupos minoritarios en defensa de una concepción excluyente de la identidad blanca estadounidense. En décadas más recientes, redes transnacionales como Blood & Honour han difundido ideologías neonazis y racistas que legitiman la agresión contra migrantes, minorías religiosas y colectivos percibidos como ajenos a la identidad nacional. Estos grupos construyen narrativas de decadencia cultural y amenaza demográfica que encuadran la violencia como acto de restauración.

El componente doctrinal del terrorismo identitario se caracteriza, por tanto, por una intensa construcción simbólica del “nosotros” frente a un “ellos” deshumanizado. Esta polarización se alimenta de mitos históricos, agravios colectivos y teorías conspirativas que atribuyen la pérdida de estatus o la transformación social a la acción deliberada de minorías, migrantes o élites políticas consideradas “traidoras”. Tales narrativas pueden in-



-corporar ideas de sustitución demográfica o “gran reemplazo”, según las cuales la identidad mayoritaria estaría siendo desplazada por poblaciones culturalmente ajenas. Este marco interpretativo no solo refuerza la cohesión interna del grupo, sino que también legitima la violencia como mecanismo de restauración o purificación cultural (Juergensmeyer, 2017).

En cuanto a sus objetivos, el terrorismo identitario persigue la protección o reivindicación de un grupo definido en términos étnicos, culturales o raciales. Los ataques suelen dirigirse contra minorías religiosas o étnicas, comunidades migrantes, espacios multiculturales o instituciones estatales que promueven políticas de inclusión. La selección de blancos responde a su valor simbólico dentro de la narrativa identitaria: mezquitas, sinagogas, iglesias, centros comunitarios o eventos asociados a la diversidad pueden convertirse en objetivos por representar aquello que el agresor percibe como amenaza existencial.

Un rasgo distintivo del terrorismo identitario contemporáneo es su creciente vinculación con dinámicas de radicalización individual. Aunque pueden existir redes organizadas o células pequeñas, con frecuencia este tipo de violencia se manifiesta a través de actores autónomos radicalizados, comúnmente denominados “lobos solitarios”. Estos individuos no necesariamente mantienen vínculos operativos formales con organizaciones estructuradas, pero se inspiran en ideologías difundidas a través de ecosistemas digitales que refuerzan creencias extremistas y proporcionan marcos de legitimación simbólica (Juergensmeyer, 2017). La descentralización reduce la trazabilidad organizativa y dificulta la prevención tradicional basada en la infiltración de grupos jerárquicos.

La radicalización en este ámbito muestra una marcada presencia de entornos en línea, donde foros, redes sociales y plataformas de mensajería facilitan la circulación de discursos de odio, teorías conspirativas y contenidos propagandísticos. Estos espacios digitales permiten la formación de comunidades virtuales que refuerzan la identidad colectiva y validan la violencia como respuesta legítima. La repetición de narrativas victimistas y la normalización del lenguaje deshumanizante contribuyen a erosionar barreras morales, creando condiciones propicias para la acción violenta. Además, la difusión de manifiestos ideológicos antes o después de los atentados se ha convertido en una práctica recurrente, orientada a maximizar el impacto mediático e inspirar imitadores, configurando un fenómeno de contagio simbólico (Bjorgo, 1995b).

Desde el punto de vista organizativo, el terrorismo identitario suele caracterizarse por redes informales, células pequeñas o individuos autónomos con alto grado de autoorganización. Esta estructura flexible responde tanto a la naturaleza difusa de la ideología como a la intención estratégica de evitar la detección por parte de las autoridades. A diferencia de organizaciones jerárquicas consolidadas, el énfasis se sitúa en la circulación de ideas más que en la pertenencia formal, lo que amplía el alcance potencial de la radicalización. La propaganda digital desempeña un papel central en este proceso, no solo como herramienta de reclutamiento, sino como mecanismo de legitimación retrospectiva de la violencia.



TENDENCIA ACTUAL DEL TERRORISMO DE MOTIVACIÓN IDEOLÓGICA POLÍTICA, RELIGIOSA O IDENTITARIA

El terrorismo de motivación ideológica ya sea de carácter político, religioso o identitario, ha experimentado transformaciones significativas en las últimas décadas, tanto en su estructura organizativa como en los perfiles de los actores implicados y en las modalidades de acción empleadas.

Aunque el terrorismo religioso, particularmente el yihadismo, continúa representando una amenaza a nivel global, su incidencia en países occidentales ha disminuido de manera notable con respecto a los niveles alcanzados durante la década anterior. Según el Global Terrorism Index 2023, el terrorismo motivado por razones religiosas ha experimentado una disminución aproximada del 95 % en Occidente, mientras que sigue siendo relevante en regiones afectadas por conflictos prolongados, como el Sahel y Oriente Medio (Vision of Humanity, 2023). Paralelamente, se observa un rejuvenecimiento de los perfiles de radicalización, destacando la participación de individuos jóvenes, e incluso menores de edad, quienes acceden a discursos extremistas principalmente a través de procesos de auto-radicalización en entornos digitales, más que mediante estructuras jerárquicas tradicionales, como las asociadas a Al-Qaeda o ISIS (Le Monde, 2025).

En el ámbito del terrorismo político, tanto de extrema derecha como de extrema izquierda, se identifican tendencias recientes de especial relevancia. En Estados Unidos, investigaciones recientes indican que, durante la primera mitad de 2025, los incidentes atribuidos a extremistas de izquierda superaron por primera vez a los de extrema derecha en frecuencia, aunque no necesariamente en términos de letalidad o impacto general (Microdata Group, 2025). Además, los complots y ataques motivados por un sentimiento anti-gubernamental han experimentado un incremento sostenido desde 2016, impulsados en gran medida por teorías conspirativas y por un contexto de polarización política extrema (Center for Strategic and International Studies, 2024).

En Europa, particularmente en Francia, la violencia política ha mostrado un crecimiento sustancial en la última década, con enfrentamientos entre grupos de extrema derecha, extrema izquierda y otros colectivos polarizados, siendo predominante la implicación de la extrema derecha en ataques motivados por discursos racistas o anti-religiosos (Le Monde, 2026).

Asimismo, se observa un aumento de fenómenos vinculados al terrorismo identitario y a la hibridación ideológica. Algunos grupos supremacistas blancos han adoptado métodos, símbolos y narrativas inspiradas en el yihadismo, fenómeno denominado "white jihad", mientras que se registran convergencias entre grupos previamente considerados antagónicos, unidos por un odio compartido hacia determinados grupos étnicos o religiosos (Wikipedia, 2026.; The Times, 2025).

La violencia dirigida contra comunidades vulnerables, incluyendo minorías religiosas, étnicas y personas con diversidad sexual, constituye una manifestación contemporánea del terrorismo identitario, muchas veces fomentada por discursos de odio, xenofobia y rechazo a la diversidad (ASIS International, 2025).



En términos metodológicos, el terrorismo contemporáneo se caracteriza por la descentralización y por la proliferación de actores solitarios, quienes actúan sin pertenecer a organizaciones claramente estructuradas, combinando diversas fuentes de información y discursos extremistas para justificar sus acciones. Esta descentralización, junto con la utilización intensiva de plataformas digitales para la radicalización y la propagación de mensajes, representa un desafío adicional para los sistemas de detección y prevención (ASIS International, 2025). Las tácticas empleadas han evolucionado hacia modalidades más simples, de bajo costo y de difícil predicción, incluyendo ataques con vehículos, armas blancas, incendios provocados y la incitación a la violencia a través de redes sociales, evidenciando una adaptación constante frente a las medidas de seguridad existentes (RSDI, 2025).

CONCLUSIÓN

El terrorismo, ya sea de motivación político-ideológica, religiosa o identitaria, constituye un fenómeno complejo en el que la violencia se utiliza estratégicamente para inducir miedo, influir en audiencias amplias y generar cambios en la percepción y el comportamiento social. Aunque todas estas formas comparten la instrumentalización del miedo como herramienta coercitiva, presentan diferencias sustanciales en cuanto a su fuente de legitimidad, lógica estratégica, patrones organizativos y niveles de letalidad, lo que evidencia la necesidad de un análisis diferenciado que considere el trasfondo doctrinal, cultural y social de cada modalidad (Hoffman, 2006; Juergensmeyer, 2017). La comprensión de estas variaciones permite no solo identificar los factores que facilitan la radicalización y la acción violenta, sino también anticipar los posibles objetivos y tácticas de los grupos involucrados, lo que resulta esencial para la formulación de políticas de prevención y estrategias de contraterrorismo efectivas.

Si bien el enfoque tipológico ofrece un marco analítico útil, la práctica demuestra que las fronteras entre estas categorías no siempre son rígidas. Existen múltiples casos en los que movimientos etnonacionalistas incorporan elementos religiosos en su narrativa y en sus justificaciones de violencia, así como organizaciones religiosas que persiguen fines políticos concretos mediante la acción violenta (Rapoport, 2004). Esta convergencia produce fenómenos híbridos que requieren atención especial, ya que combinan motivaciones, recursos y tácticas de diferentes tipos de terrorismo, amplificando su capacidad de impacto y complejidad operativa. La globalización y el desarrollo de redes digitales han intensificado esta tendencia, facilitando la difusión transnacional de ideologías, la radicalización a distancia y la coordinación de acciones por parte de actores descentralizados o autónomos, lo que representa un desafío adicional para los sistemas de prevención y control (Juergensmeyer, 2017).

La diferenciación analítica, por lo tanto, no solo cumple una función académica de clasificación, sino que resulta práctica para el diseño de políticas públicas de prevención, estrategias de desradicalización y programas de intervención comunitaria. La comprensión de los mecanismos motivacionales, doctrinales y organizativos de



cada tipo de terrorismo permite desarrollar medidas específicas y adaptadas a cada contexto, aumentando la probabilidad de eficacia de las intervenciones y reduciendo el riesgo de respuestas uniformes que puedan resultar ineficientes o contraproducentes. Tal aproximación también contribuye a la evaluación de riesgos, a la anticipación de patrones de ataque y a la formulación de estrategias de comunicación que desarticulen las narrativas extremistas antes de que se consoliden en procesos de radicalización sostenidos (Crenshaw, 1981; Hoffman, 2006).

En síntesis, el análisis diferenciado de las motivaciones políticas, religiosas e identitarias en el terrorismo permite una comprensión más profunda de las dinámicas internas de los actores violentos, facilitando respuestas institucionales más contextualizadas, precisas y efectivas. Reconocer tanto las diferencias como los posibles solapamientos entre estas modalidades constituye un elemento clave para enfrentar la complejidad del fenómeno terrorista en un mundo cada vez más interconectado y mediático, donde las líneas entre lo local y lo global, lo individual y lo colectivo, se encuentran en constante transformación (Rapoport, 2004; Juergensmeyer, 2017).

REFERENCIAS

ASIS International. (2025). Terrorism trends fueled by Sahel conflicts, Western lone actor attacks. https://www.asisonline.org/security-management-magazine/latest-news/today-in-security/2025/march/terrorism-resurgence/?utm_source=chatgpt.com

Bjorgo, T. (1995a). Racist and right-wing violence in Scandinavia: Patterns, perpetrators, and responses. Tano Aschehoug.

Bjorgo, T. (1995b). Terror from the extreme right. Frank Cass.

Center for Strategic and International Studies. (2024). The rising threat of anti-government domestic terrorism. https://www.csis.org/analysis/rising-threat-anti-government-domestic-terrorism-what-data-tells-us?utm_source=chatgpt.com

Crenshaw, M. (1981). The causes of terrorism. *Comparative Politics*, 13(4), 379–399. <https://doi.org/10.2307/421717>

Hoffman, B. (2006). *Inside terrorism* (2nd ed.). Columbia University Press.

Juergensmeyer, M. (2017). *Terror in the mind of God: The global rise of religious violence* (4th ed.). University of California Press.

Le Monde. (2026, February 27). France's political violence has risen significantly. https://www.lemonde.fr/en/opinion/article/2026/02/27/france-s-political-violence-has-risen-significantly-with-assaults-doubling-over-the-past-10-years_6750916_23.html?utm_source=chatgpt.com



Microdata Group. (2025, September 28). Study: Left-wing terrorism outpaces far-right attacks for first time in 30 years. https://www.axios.com/2025/09/28/left-wing-terrorism-far-right-violence-research?utm_source=chatgpt.com

Microsoft Copilot. (2024). Herramienta de asistencia basada en IA para revisión gramatical y ortográfica del texto. Microsoft.

Rapoport, D. C. (2004). The four waves of modern terrorism. En A. K. Cronin & J. M. Ludes (Eds.), *Attacking terrorism: Elements of a grand strategy* (pp. 46–73). Georgetown University Press.

RSDI. (2025). The current terrorist threat matrix in Europe: A trend overview. https://rsdi.ae/en/publications/the-current-terrorist-threat-matrix-in-europe-a-trend-overview?utm_source=chatgpt.com

Schmid, A. P. (2011). *The Routledge handbook of terrorism research*. Routledge.

The Times. (2025). Neo-Nazis and black extremists “forming antisemitic alliances”. https://www.thetimes.co.uk/article/neo-nazi-black-extremist-antisemitism-jewish-hatred-56ktvpfqg?utm_source=chatgpt.com

Vision of Humanity. (2023). Global Terrorism Index 2023 key findings in five charts (Global report). https://www.visionofhumanity.org/global-terrorism-index-2023-key-findings-in-5-charts/?utm_source=chatgpt.com

Wikipedia. (2026). White Jihad. https://en.wikipedia.org/wiki/White_jihad?utm_source=chatgpt.com